

LA FUNDACION DE LAS UNIVERSIDADES

por ETIENNE GILSON

Sin duda es Etienne Gilson la figura que en el campo de la filosofía de la historia ha defendido con denuedo más ejemplar el rango filosófico de la Edad Media. Desde la aparición de La liberté chez Descartes et chez les theologiens hasta La filosofía en la Edad Media, toda la obra de Gilson se caracteriza por un equilibrio excepcional de las cualidades de historiador y de las de filósofo. Gilson se ha alzado valientemente contra la vieja tesis pesimista que había descalificado al mundo medieval por una supuesta falta de libertad en las inteligencias y en los espíritus. Con una cultura y una sagacidad admirables, Etienne Gilson cumple la noble misión de salvar la Edad Media de la frivolidad de tal crítica.

ES imposible, no sólo representar con precisión el ambiente en que se desarrolló la escolástica, sino también comprender la simple narración de la carrera de un filósofo medieval, si no se conoce la organización de la enseñanza filosófica y teológica del siglo XIII. Aclaremos, ante todo, algunos términos cuyo uso, a partir de esa época, es constante, y que hoy día ya no se interpretan correctamente. Universitas, o la Universidad, en la Edad Media no

significa el conjunto de facultades establecidas en una misma ciudad, sino el conjunto de personas, maestros y alumnos que participan de la enseñanza impartida en esta misma ciudad. Por consiguiente, no siempre hay derecho para deducir de la palabra *universitas* la existencia de una universidad organizada en un lugar determinado; pues basta que haya habido necesidad de dirigirse al conjunto de profesores y estudiantes residentes en un mismo lugar para que dicha expresión sea naturalmente empleada. Un *studium generale* o *universale*, o también *commune*, no es un lugar donde se estudia el conjunto de los conocimientos, sino un centro de estudios en el que pueden ser recibidos estudiantes originarios de las más diversas partes. La expresión se aplicaba, sobre todo, a las escuelas abiertas por las órdenes religiosas en las ciudades, que podían ser importantes centros con relación a la orden, pero no poseían universidad; al *studium particulare* de una provincia eran enviados los estudiantes de esta misma provincia, y al *studium generale* de una provincia de la orden, los estudiantes de todas las provincias. Un *studium* solemne era un centro de estudios sumamente importante, célebre y frecuentado, aunque no fuera necesariamente *generale*.

La primera *universitas* que llegó a ser un cuerpo regularmente organizado y un ser colectivo, semejante a nuestras modernas universidades, fué la de Bolonia. Pero, hasta el año 1352, en que obtuvo una facultad de teología regular por concesión del Papa Inocencio VI, había sido, sobre todo, un centro de estudios jurídicos. Desde el punto de vista filosófico y teológico, es la primera la Universidad de París, y fué tal su brillo en el siglo XIII, que eclipsó completamente a la de Bolonia, su hermana mayor, y parcialmente a la de Oxford, su hermana menor.

Podemos distinguir tres órdenes de causas entre las que han contribuido a la fundación y desarrollo de la Universidad de París. Primero y ante todo, la existencia de un ambiente escolar muy floreciente desde el siglo XII. La enseñanza dada por los Victorinos y por maestros como Abelardo, cuya fama era universal, había contribuído desde hacía mucho tiempo a atraer hacia Pa-

ris a numerosísimos estudiantes originarios de Italia, de Alemania y, sobre todo, de Inglaterra. Desde fines del siglo XII, las escuelas se habían agrupado en las islas de la Cité y en la montaña de Santa Genoveva, y es innegable que, bajo la presión de los comunes intereses que los unían y de los comunes peligros que los amenazaban, comenzaron los mismos maestros y discípulos a percatarse de su unidad. Por otra parte, dos poderes diferentes, los reyes de Francia y los Papas, tenían interés en proteger a este conjunto de hombres de estudio para poder dominarlos con más facilidad. Los reyes de Francia no podían dejar de ver que el continuo tránsito de estos provincianos y extranjeros, que venían de todas las partes del reino y de Europa, para instruirse en las ciencias de todo orden, honraba a su capital y acrecentaba su influencia en el extranjero. De hecho, más de un testimonio contemporáneo, el de Juan de Salisbury entre otros, nos atestiguan el profundo asombro y la gran admiración que sentían los extranjeros al comprobar la cortesía de las costumbres, la dulzura de la vida y la abundancia de bienes corporales y espirituales de que se gozaba en Francia a fines del siglo XII. Era muy natural que los reyes de Francia, que deseaban mantener un estado de espíritu que les era tan favorable, procurasen defender a estos estudiantes franceses y extranjeros contra la incertidumbre de la existencia en una ciudad y acaso en un país que no eran los suyos. Para que prosperase el *studium* parisiense, era necesario asegurar la tranquilidad de los estudios y, por consiguiente, la defensa corporal y la independencia espiritual de sus miembros; en una palabra: era necesario organizarlo.

Pero parece que a esta obra de organización han contribuido sólo en forma secundaria las circunstancias favorables que ofrecía el ambiente y las buenas disposiciones de los reyes de Francia; el verdadero fundador de la Universidad de París es Inocencio III, y son sus sucesores, sobre todo Gregorio IX, quienes, dirigiéndola y orientándola, aseguraron su ulterior desarrollo. La Universidad de París se habría constituido sin la intervención de los Papas, pero resulta imposible comprender qué cosa le aseguró

un puesto único entre todas las Universidades medievales, si no se tiene en cuenta la activa intervención y los designios religiosos, claramente definidos, del Papado.

En efecto: la palabra universidad suscita en nuestros espíritus la idea de un edificio o conjunto de edificios en los que maestros y alumnos se proponen la enseñanza y el estudio de algunas ciencias por el sólo amor a las mismas. Es bien cierto que tanto el ideal de los que imparten esta enseñanza como el de los que la reciben, no se limita a su propia especialidad, y que sus curiosidades de especialistas no excluyen los intereses universales y humanos. Por lo menos, estos intereses universales son rigurosamente homogéneos a las curiosidades científicas, en las que se apoyan y a las cuales se subordinan; nuestras modernas universidades están organizadas, primero y ante todo, con miras a la transmisión y desarrollo de las diversas disciplinas que en ellas se enseñan. No sucede exactamente lo mismo en lo que concierne a la Universidad de París en el siglo XIII. Al contrario, vemos que toman parte en ella dos tendencias contradictorias, una de las cuales llegará a hacer de ella un centro de estudios puramente científicos y desinteresados, mientras que la otra procurará subordinar estos estudios a fines religiosos y ponerlos al servicio de una verdadera teocracia intelectual.

Cuando leemos los documentos de la época, particularmente el *Chartularium universitatis parisiensis*, notamos fácilmente la huella de estas dos corrientes, que ora se unen, ora se separan y hasta llegan a ser contrarias. Si prescindimos de la enseñanza de la Medicina, todavía poco desarrollada durante el siglo XIII en la Universidad de París, vemos a numerosos hombres dedicados a la enseñanza y al estudio del derecho; pero cuando muchos de ellos pensaban consagrarse al estudio del derecho romano, fundamento de una sociedad civil autónoma e independiente, vino la autoridad pontificia a prohibir esta enseñanza y a exigir que sólo se enseñara en París el derecho canónico, fundamento de la sociedad religiosa y de toda sociedad civil integrada por un organismo religioso.

Lo mismo sucede en lo concerniente a la enseñanza de la filo-

sofía. Desde que la difusión del *trivium* hubo restablecido el honor de la enseñanza de la dialéctica, hallamos cierto número de maestros que se limitaban exclusivamente a estas ciencias y rehusando a salir de su campo para elevarse hasta la teología. El mismo Abelardo había sido, al comenzar, sólo un dialéctico, condición que mantuvo, voluntariamente, durante largo tiempo. Por consiguiente, después del descubrimiento de los libros de Aristóteles, los maestros de artes liberales habían adquirido una autoridad mucho más considerable de la que ejercieran en el siglo XII. En tiempo de Abelardo, un dialéctico que poseyera perfectamente la dialéctica de Aristóteles, carecía por completo de una materia a la cual pudiera aplicarla; este admirable instrumento resultaba inútil, salvo que se la utilizara empleando como materia la teología, es decir, una materia que, por definición y como por esencia, rehusaba plegarse a sus leyes. Desde el momento en que se conocen la Física, la Moral y la Metafísica de Aristóteles, los maestros de artes ya no han de enseñar solamente un método lógico y formal, sino que también han de transmitir conocimientos positivos y enseñar ciencias que poseen un contenido real. Por eso hallamos en la Facultad de Artes de París, durante todo el siglo XIII, un grupo de maestros de artes, que sólo piden la libertad de enseñar la lógica, la física y la moral de Aristóteles, sin preocuparse de las otras disciplinas, ni de los superiores intereses de la teología. El averoísmo parisiense es la forma más visible y la manifestación más brutal de esta tendencia.

La otra está representada por la Facultad de Teología, cuya importancia y creciente influencia pronto relegarán a segundo plano a la Facultad de Artes. Por ese entonces, las nuevas tendencias hubieron de abrirse paso, rechazando una tradición que parecía más sólida que nunca, precisamente en el momento en que iba a ser profundamente conmovida. Después de San Anselmo de Cantorbery y con los maestros de San Víctor, la teología que se enseñaba era un agustinismo que no rechazaba la ayuda de la dialéctica aristotélica; pero Aristóteles apenas proporcionaba a la teología otra cosa que métodos de discusión y de exposición. Por

si misma, la Facultad de Teología de París, es decir, el conjunto de doctores, bachilleres y estudiantes de teología, no experimentaban deseo alguno de modificar esta tradición. Tan cierto es esto, que hasta fines de siglo, y hasta el definitivo triunfo del aristotelismo tomista, maestros celeberrimos, como Alejandro de Hales y San Buenaventura, y obispos de París, como Guillermo de Auvernia y Esteban Tempier, serán resueltamente agustinianos. El genio de Alberto Magno y de Santo Tomás de Aquino y el secreto de su resonante triunfo, estarán precisamente en armonizar las dos tendencias divergentes y aun contradictorias en que se hallaba dividida la Universidad de París, al legitimar todo el contenido positivo con que acababa de enriquecerse la enseñanza de las artes liberales, y reorganizar, desde este punto de vista, el edificio de la teología tradicional, que jamás se ha hallado dotado de tanta perfección y solidez como desde entonces.

Por consiguiente, la Universidad de París, en cuanto enseñaba teología, ya no dependía de sí misma, sino que manifestaba una jurisdicción más alta que la de la razón individual o de la tradición escolar. Su misma importancia y número, siempre creciente de maestros y alumnos, que venían de todas las partes del mundo cristiano para instruirse en ella, la convertían en materias teológicas, en fuente de error o de verdad, para todo el orbe cristiano. Los Papas inmediatamente advirtieron esto, y su política universitaria no hizo sino deducir las consecuencias necesarias de una situación que ellos no habían creado.

Para Inocencio III o Gregorio IX, la Universidad de París no podía ser sino el más poderoso medio de acción de que disponía la Iglesia para difundir la verdad religiosa por todo el mundo, o bien una inagotable fuente de errores, capaz de envenenar a toda la cristiandad. Inocencio III es el primero que ha querido resueltamente hacer de ella una una maestra de la verdad para toda la Iglesia, y el primero que transformó este centro de estudios en un organismo cuya estructura, funcionamiento y determinado puesto en la cristiandad sólo pueden explicarse desde este punto de vista. Si bien es cierto que nosotros lo hemos olvidado, y frecuen-

temente hablamos de este organismo como si pudiera compararse con algunas de nuestras universidades; los hombres de la Edad Media, en cambio, han tenido plena conciencia del carácter especial y aun único de la Universidad de París. El *Studium parisiense* es una fuerza espiritual y moral cuya más profunda significación no es parisiense ni francesa, sino cristiana y eclesiástica; es un elemento de la Iglesia universal, con el mismo título y en el mismo sentido en que lo son el Sacerdocio y el Imperio. Esto lo expresa maravillosamente el cronista Jordán con una comparación, que ha sido reproducida y comentada con frecuencia: *His itaque tribus, scilicet Sacerdotio, Imperio et Studio, tanquam tribus virtutibus videlicet naturali, vitali et scientiali, Catholica ecclesia spiritualiter mirificatur, augmentatur et regitur. His itaque tribus, tanquam fundamento, pariete et tecto, eadem ecclesia tanquam materialiter proficit.* Esto lo interpreta de manera sorprendente un moderno historiador, cuando dice que la aureola de que estaba circundada la Universidad de París constituía en la Edad Media una suficiente compensación a cambio del Papado y del Imperio, que habían recibido en herencia otras dos naciones del dominio de Carlomagno.

Cuando volvemos a leer, aun hoy día, las bulas pontificias relativas a la Universidad de París, vemos inmediatamente cuán exacta es esta interpretación. Inocencio III, que fué el protector de la naciente Universidad y su verdadero director, a quien debe ella, más aún que al rey, los privilegios que le proporcionaron la independencia, fué también el que le impuso los primeros reglamentos, destinados a impedirle errar. Su legado, Roberto de Courçon, prohíbe, el año 1215, la enseñanza de la Física y de la Metafísica de Aristóteles. Honorio III favoreció a los Dominicos y Franciscanos para que se establecieran en París, y en el año 1220 recomienda oficialmente a estos últimos ante los maestros de la Universidad. Sobre todo Gregorio IX, que, ya siendo cardenal Ugolino, por intermedio del Hermano Elías, hechura suya, había introducido por la fuerza los estudios científicos y teológicos en la Orden Franciscana, ahora instará por la fuerza a las órdenes men-

dicantes, en la Universidad de París, para que esta misma ciencia, puesta al servicio de la teología, lleve la verdad cristiana a través de todo el mundo. Pues, como él mismo escribe a los maestros de teología de París, el 7 de julio de 1228: «La prisionera tomada al enemigo, a la cual se une un israelita después de haberle rapado los cabellos y cortado las uñas, no debe dominarlo, sino servirle como esclava. Lo mismo sucede con la verdad teológica, que, dominando virilmente a todas las otras ciencias, ejerce su autoridad sobre ellas como el espíritu la ejerce sobre la carne, para dirigirla por el camino recto e impedirle errar... Nuestro corazón se ha conmovido con profundo dolor y nos hemos llenado de amargura al oír contar que alguno de vosotros, engreídos como otros por el espíritu de vanidad, traspasan, siguiendo un espíritu de impía novedad, los límites establecidos por los Padres, buscando en el sentido de la filosofía pagana el significado del sagrado texto, a cuya interpretación, no obstante, el trabajo de los Padres ha señalado los límites definitivos, de tal modo que el pretender traspasarlos es no sólo temerario, sino también impío. Los que hacen esto, obran para hacer ostentación de su ciencia y no para procurar el mayor bien de sus oyentes; los tales no son teodocos ni teólogos, sino teofantes. En efecto: mientras deberían exponer la teología conforme a las tradiciones aprobadas, que recibimos de los Padres; poner su confianza no en armas carnales, sino en Dios, para destruir cuanto va contra la ciencia de Dios y reducir a cautiverio toda razón sometiéndola a Cristo; extrañados por extrañas y diversas doctrinas, someten la cabeza a los pies y obligan a la reina servir a la esclava; en otros términos, apoyándose en pruebas terrenas, atribuyen a la naturaleza lo que sólo pertenece a la gracia celestial.» A estos maestros de teología les recomendaba Gregorio IX, el 13 de abril de 1231, que no se hicieran los filósofos: *nec philosophos se ostentent*, y que sólo trataran en su enseñanza aquellas cuestiones cuya solución podía hallarse en los libros teológicos y en los escritos de los santos Padres. Por esto, finalmente, considerando Gregorio IX que todas las ciencias han de prestar servicio a la teología, dedujo que ellas han

de ser estudiadas por los cristianos sólo en la medida en que puedan prestarles sus servicios. *Cum sapientiae sacrae paginae reliquae scientiae debeant famulari, eatenus sunt a fidelibus amplectendae, quatenus obsequi dinuscutur beneplacitis donantis.*

De esto se deduce el significado exacto, tanto de los reproches con que a veces los Papas reprenden a la Universidad de París como de las alabanzas de que la colman. No obstante las pequeñas diferencias de sus concepciones individuales y de sus temperamentos particulares, están todos de acuerdo con Inocencio III en que París es el centro intelectual de toda la cristiandad. «La ciencia de las escuelas de París —escribe Alejandro IV en 1255— está en la Iglesia, como el árbol de la vida en el paraíso terrestre y como la resplandeciente lámpara en la casa del Señor. Como una madre, fecunda en erudición, hace brotar de las fuentes de la doctrina de la salvación abundantes ríos, que van a regar la superficie estéril de la tierra, regocija por todas partes a la Ciudad de Dios y divide las aguas de la ciencia, haciéndolas correr por las plazas públicas, para refrigerio de las almas sedientas de justicia... En París, el género humano, deformado por la ceguera de su ignorancia original, recobra su vista y su hermosura mediante el conocimiento de la luz verdadera, que irradia la ciencia divina.» ¿Por qué obliga Inocencio IV a los cistercienses, en el año 1245, a organizar y desarrollar un centro de estudios cerca de la Universidad de París? Porque «París es el crisol en el que acaba de fundirse el oro, donde está construída la torre de David, defendida con sus murallas, y de la cual salen, no mil escuderos, sino casi toda la armada de los fuertes, pues de ella vemos salir continuamente a los fuertes de los fuertes, llevando sus espadas, y a hombres sabios en el arte de la guerra que recorrerán toda la tierra.» Por eso, finalmente, Nicolás IV, al consagrar oficialmente, en el año 1292, el predominio de la ciudad de los libros y de las ciencias, de la Cariath Sepher, concederá a los maestros de la Universidad de París el privilegio de poder enseñar en toda la tierra sin tener que rendir un nuevo examen.

La Universidad de Oxford, fundada probablemente a conse-

cuencia de una detención accidental y de origen político en la cavana que cada año llevaba a los estudiantes ingleses a París, no conoció las ventajas ni los inconvenientes de esta dorada cautividad. Los maestros que la ilustraron se habían formado todos bajo la antigua disciplina agustiniana, que de buen grado juntaba al tradicionalismo, en materia de teología, el gusto por el platonismo, las matemáticas y las ciencias positivas en materia de filosofía. Por otra parte, el relativo aislamiento del gran centro de estudios inglés y el hecho de que los Papas se desinteresaran algún tanto de él, ahorraron a Oxford la inmediata invasión del aristotelismo tomista y el conformismo filosófico, cuya acción fué tan profunda en el ambiente escolar parisiense. La enseñanza de Oxford tuvo, por tanto, su originalidad propia; su fecundidad se mostró sumamente abundante en cierta dirección, que fué casi exclusivamente suya, y así, mientras el pensamiento filosófico parisiense, deformación casi únicamente dialéctica y aristotélica, debía dejarse absorber durante algún tiempo por el tomismo, el pensamiento filosófico inglés debía, por su parte, poner al servicio de la religión a los matemáticos y a la física, tal cual acababan de revelárselas las obras de los sabios árabes.

De hecho, los estudios, según se los seguía en Oxford, han conservado siempre un modo de ser que les fué particular. El interés religioso no era menor que en París; pero el modo de subordinar las ciencias a la teología fué allí más libre, más flexible y menos inmediatamente utilitarista. Aristóteles fué admirado tan profundamente como en París, pero no ejerció su dominación de la misma manera, y mientras París, al desarrollar la tradición dialéctica del siglo XII, utilizaba sobre todo la armazón lógica y la sistematización conceptual, permitidas por los principios metafísicos de la doctrina, Oxford se interesó sobre todo por el elemento empírico del aristotelismo y prefirió el sabio al metafísico. Hemos de añadir aún que el prototipo de la ciencia, a los ojos de los maestros de Oxford, era mucho más que el mismo Aristóteles, la perspectiva del árabe Alhacen. El *quadrivium*, cuyo estudio se reducía a muy poca cosa en la Universidad de París, era, por el con-

trario, enseñado con sumo cuidado en la de Oxford, y todos los que debían proseguir en ella sus estudios habían de conocer las matemáticas y la astronomía. De este modo, al mismo tiempo que el aristotelismo tomista se constituía y triunfaba en París, ahogando todo cuanto en ella podía haber sobrevivido de interés para las ciencias matemáticas y naturales, la enseñanza de Oxford preparaba el empirismo occamista, cuya reacción perturbará, en el siglo XIV, al tomismo, precisamente en esta misma Universidad de París, en la que acababa de obtener sus más grandiosos éxitos.

Por otra parte, si consideramos el curso de los estudios en sí mismo y la colación de los grados, parece cierto que, a pesar de las numerosas variaciones locales y no pocas irregularidades que hallamos en la misma Universidad de París, el prototipo de carrera escolar completa fué, no obstante, a los ojos de todo el público universitario de la Edad Media, la de un maestro parisiense. Según los estatutos de Roberto de Courçon, promulgados el año 1215, era necesario tener por lo menos seis años de estudio y veintinueve años de edad para enseñar artes liberales, y por lo menos ocho años de estudio y treinta y cuatro años de edad para enseñar teología. Un estudiante de artes cursaba, primero, su bachillerato; después, su licenciado, y luego daba su primera lección y recibía el título de maestro en artes. Si tras esto quería llegar a ser teólogo, debía cursar tres bachilleratos y luego su licenciado, con el cual podía llegar a ser maestro y doctor en teología.

Los dos principales métodos de enseñanza, en todas las universidades de la Edad Media, eran la lección y la disputa. La lección, en el sentido etimológico de la palabra, y que ha conservado en inglés y en alemán, consistía en la lectura y explicación de algún texto: una obra de Aristóteles para los maestros de artes y la Biblia o las Sentencias de Pedro Lombardo para la enseñanza de la teología. De la lección, así entendida, han salido los innumerables comentarios de toda clase que nos ha dejado la Edad Media, y en los cuales se disimula, bajo la apariencia de una simple explicación de texto, un pensamiento no pocas veces original. La disputa era una especie de justa dialéctica, que se realizaba bajo la

presidencia y responsabilidad de uno o más maestros. Habiéndose propuesto una cuestión, defendía cada uno la solución, en pro o en contra, mediante los argumentos que le parecían más convincentes; después de realizado una o más veces este ejercicio, un maestro reunía y ordenaba los argumentos, en pro o en contra, y daba la solución. Algunas disputas se realizaban, regularmente, al fin de cada semana o de cada quincena, y los maestros, de cuya enseñanza eran ellas complemento, cuidaban de escoger para estas ocasiones temas ordenados, que, en su conjunto, pudieran constituir un todo; de aquí las *Quaestiones disputatae*, que nos han llegado, y que tanto abundan en la Edad Media. Otras disputas se realizaban, por el contrario, una o dos veces por año, para Pascua o Navidad, y trataban de cualquier tema; los informes de estas disputas forman las *Quaestiones quodlibetales*, como las de Santo Tomás y de Guillermo de Occam.

